

Este año estaremos escuchando el Evangelio de Lucas los domingos. Lucas tenía una copia del Evangelio de Marcos, pero decidió escribir su propio Evangelio, agregando cosas que Marcos omitió, como la historia del Buen Samaritano, y haciendo pequeños ajustes a la narración de Marcos.

El evangelio de hoy repite el tema básico de Marcos, Jesús es a quien Dios envió para que lo sigamos. Sólo Él es el Hijo Amado a quien también podemos entregar nuestras vidas con seguridad. Lucas, sin embargo, hace algunos ligeros cambios en la narración que llaman nuestra atención.

Mientras que Marcos dijo: “Cuando Jesús salió del agua, al instante vio que se abrían los cielos y que el Espíritu descendía sobre él como paloma”. Lucas nos dice: “Cuando Jesús también había sido bautizado y estaba orando, se abrió el cielo, y descendió sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como paloma”.

Si bien algunos de los cambios son menores, Lucas agregó la palabra Santo al Espíritu para aclarar qué espíritu descendió sobre Jesús, un cambio es realmente significativo: Jesús estaba orando cuando se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo.

No fue el bautismo de Jesús lo que provocó la apertura del cielo y la manifestación del Espíritu Santo, fue la oración de Jesús la que abrió el cielo y desató el Espíritu Santo. Esto es algo que nadie más podría haber hecho y lo ha cambiado todo para siempre.

Lucas quiere que meditemos sobre la oración de Jesús y el efecto de su oración. Además, ¿qué dice esto acerca de nuestra oración? La oración de Jesús ha abierto el cielo. Nuestra oración no necesita hacer esto, pero cuando oramos, el Cielo se abre para nosotros y el Espíritu Santo fluirá en nuestra vida.

Esto me recuerda lo que llamo el primer principio de la oración: No podemos sostener una vida de oración por nuestra cuenta. Debemos pedirle a Jesús que derrame el Espíritu Santo en nuestros corazones para que podamos orar.

Podemos pensar en la oración de Jesús y nuestra oración de esta manera: cuando éramos jóvenes aprendimos que una lupa podía concentrar los rayos del sol en una luz tan brillante que podía incendiar cosas. Jesús es quien concentra

los rayos de la luz de Dios hasta un punto que enciende nuestro espíritu. Por eso vino.

Debemos pedirle a Cristo que haga arder las almas. Esto lleva al segundo principio de la oración: cuando oramos, se abre un canal en nosotros a través del cual fluye y obra el Espíritu Santo. La oración es primero la oferta de Dios de sí mismo para nosotros. El don de Dios del Espíritu nos permite ofrecernos a Dios y a los demás en amor. Esta es la obra que el Espíritu Santo hace en nosotros. Nos atrae a ser una persona amorosa.

En resumen, la oración de Jesús atrae al Espíritu Santo al mundo. Si queremos orar, pidamos ayuda al Espíritu Santo. El Espíritu Santo prenderá fuego a nuestras almas y nos permitirá traer amor a las muchas situaciones en el mundo que necesitan desesperadamente el amor de Dios.